

La Batalla

Muy probablemente ignorara en aquellos días, las tácticas clásicas de las batallas navales de la época de oro de la vela. Dicen que la idea era, entonces, que parte de la línea (la principal) propia cortara a la primera línea enemiga. Eso se llamaba “cortar la T”. De esa forma, además de descalabrar el dispositivo e interrumpir sus comunicaciones, ponía toda la artillería de una banda sobre la escasa defendida proa del matalote popel contrario y la del otro lado sobre la débil popa del matalote proel adversario. Esos dos buques seriamente averiados y la formación quebrada, daría la superioridad necesaria para concluir luego la faena predatoria tomando los restos del enemigo entre dos líneas. Para ello se necesitaba cierto margen favorable de velocidad y ganar barlovento para maniobrar con mayor amplitud, derivando.

Sin saberlo, aplicamos instintivamente tácticas similares.

Era una fría tarde invernal, en que el sol era un mero decorado del escenario archipelágico. Las cuatro horas de clase de marinería y vela se solían hacer eternas, realizando rutinarias maniobras elementales.

Lejos, en la pesada lancha anaranjada, un profesor vociferaba instrucciones a principiantes reclutas en los pesados grumetes. A la vera del canal, sentado en el viejo muelle de hormigón de la antigua Base Naval de la Flota de Río, el Suboficial Mayor de Mar retirado Soulé, mantenía bronceada su curtida tez, de cara al sol, peinando los gruesos bigotes con la mano. Seguía feliz, embutido en el oscuro gabán de solapas altas, las evoluciones de sus propios grumetes, futuros oficiales de la “conserva” naval (su criterio de la Reserva Naval). No daba instrucciones precisas previas, dejaba hacer en el agua, a criterio de los timoneles. El canal era ancho y seguro, no podría haber graves problemas. Las boyas, los yates, los botes y veriles, eran ya suficientes obstáculos para probar su habilidad.

En el canal de las torpederas, las ruinas de la antigua base a un lado y el monte de la isla paulino al otro, la navegación requería continuos bordes. Las tripulaciones se iban cansando y el sol de la mediatarde invitaba a reposar plácidamente en las cubiertas.

Las anchas balleneras, de multitudinario pasaje, iban y venía, lentas y plácidas sobre el eje del canal en piernas de barlo-sota, sin apuro. En las bancadas abrigados, reposaban, los menos ducho y entusiastas en el arte de navegar. A su alrededor, en improvisadas regatas desafío, pululaban los más veloces Polaris armados a 4 tripulantes y un pequeño enjambre de Penguins biplazas.

Pero, inquieto y provocador, el cadete transgrede lo que puede. Cansado de las idas y venidas sin destino, ganar una boya no alcanzaba de estímulo y más pronto que tarde, las rivalidades de los claustros se convirtieron en batalla naval. Una breve confabulación y, las más ágiles embarcaciones, tomaron por sorpresa y casi al unísono a las desprevenidas morsas retozantes de la ballenera timonead por el Nabo, baldazos de agua, ensoparon la fría tarde. Entre las mil frases irreproducibles, ahora, los enardecidos galeotes (Andy, el Turco, el Mono y el Mene, entre ellos) juraron venganza, impotentes ya de reaccionar. Hasta allí todo aceptablemente militar. El grueso y moreno Chule sonreía satisfecho, apoyado en su megáfono, la tarde se puso divertida.

A diferencia de las nelsonianas enseñanzas de Trafalgar, el flemático orden británico nos duró bien poco. La alianza no estaba sellada por juramentos de honor y el combate devino en vil pleito náutico. Lo que vimos (y dimos) fue una rosca, sin aliados ni neutrales. Un clásico todos-contra-todos de rancia estirpe bolichera.

Mi Penguin entabló un largo y cerrado duelo con los del Piedra y Alex, orzar y derivar, acercarse, lanzar, alejarse, recargar. Atacar y eludir. El combate no era decisivo.

En los cruces, a la pasada, salvas de oportunidad eran lanzadas por el buen Bulbo Pazos, condestable artillero de gran puntería, a todo bajel cercano. No se izaron las banderas de usanza, pero se sabía, se entendía que era sin cuartel. No había piedad.

Prontamente, bucaneros al fin, nos ganamos el odio general. Nuestra popularidad era proporcional a la flotilla que pretendía darnos caza. Mientras tanto, manteníamos ininterrumpido duelo con los otros Penguins, veloces y escurridizos.

Estábamos bastante secos y por tanto, muy alegres del parcial triunfo.

Pero la maniobra elusiva, al requerir mayor velocidad nos obligó a derivar. El canal era ancho, pero con sólidos límites barrocos.

La siguiente pierna de bolina, más lenta pero igualmente enfervorizada, nos mantuvo cazando velas y alternando salvas con la bandada de carroñeros enemigos. Seguíamos huyendo, pero dando.

Nuestra atención focalizada en los más encarnizados y hábiles contrincantes hizo que no advirtiéramos el cambio de actitud de la ballenera, en realidad, tal vez los subestimamos.

Escondidos por el alto francobordo, los ruines, cazaron el paño y tomaron suave arrancada. Previendo nuestro siguiente borde orzado, buscaron, sigilosos, un remoto punto de cruce, justo frente al pontón de amarre.

Cuando por la proximidad de la nao descubrimos las aviesas intenciones, estábamos a su amura de babor, y ellos a nuestro través de estribor. Nosotros orzábamos, cazado todo; ellos derivaban, con sus velas hinchadas.

Tuvimos apenas el tiempo suficiente para evitar, con un rápido zig-zag, la abundante andanada de agua. Reímos a carcajadas. Su truco no resultó. Nuevas burlas, más enojo.

Esa ligera “cola de pescado” que describimos en la derrota, causó una cierta pérdida de velocidad y nos obligó a derivar un poco, cruzaríamos su proa, por poco. Derivé más, buscando un último empuje antes de atravesar su trayecto.

El Nabo, decidido a acabar lo iniciado, no mantuvo rumbo sino que, ya lanzado en velocidad, derivó sobre nosotros. La cinemática conducía inminentemente al choque.

Era una salvajada, no lo haría. La técnica de los espolones no estaba en vigencia. Pero, ¿quién dijo que en la guerra hubiera reglas? ¿no fue ello determinante en Salamina contra el persa y en Lepanto contra el turco infiel? ¿acaso los aliados no embestían a los submarinos alemanes en la Segunda Guerra Mundial? Ya no estábamos en barcos escuela del Liceo, nos habíamos proyectado a la mar, estábamos en combate. Su propia tripulación lo alentaba enardecida, tapando con sus alaridos, las infructuosas advertencias de Chiesa, las carcajadas del Chule.

En un intento desesperado hice un cambio de paso, como en rugby, otra cola de pescado, sólo para lograr que el abordaje no fuera en la aleta de babor sino en el espejo de popa.

La ballenera tenía, en ese momento, mayor velocidad y, obviamente mayor inercia. Al golpe inicial, no sucedió un esperable empuje sino que, trabada su roda en nuestra pala de timón, nos hizo girar suavemente a babor. Pensamos que zafaríamos. Desde cubierta nos aullaban y elevaban amenazantes puños.

Pero la roda no se zafó, fue subiendo por la caña del timón, montando el espejo, hundiendo nuestra popa. El Nabo, en vez de derivar más para soltar la colisión, orzaba clavando los colmillos de las tracas en su pequeña presa.

Todos gritaban. Mi timón, trabado en la roda no respondía, las velas se deshincharon al reparo del velamen agresor. El pingüino quedó detenido en seco, en las fauces de una hambrienta ballenera.

El espejo se sumergió en la superficie, ahogado por la gris bestia.

No deben haber transcurrido ni siquiera segundo, aunque recuerdo que sobró el tiempo para ver todo alrededor, pensar, decidir y hasta dar una última orden: ¡Bulbo, saltá a la ballenera, nos hundimos!

Tomando rápidamente el caperol de la roda, salté al abordaje de mi atacante, faltaba un buen sable filoso. No llegué a mojarme las zapatillas. Fabián, miraba, pálido e incrédulos desde la caja de orza, ¿qué haría él?.

¡Saltá Bulbo! ¡Se hunde!

Tal cual, la ballenera paso sobre el Penguin, casi sobre crujía, mandándolo al fondo. Se hundió parejo, erguido, orgulloso, con las velas izadas casi planas, pareció un postrar saludo.

Pazos llegó a saltar, ya cuando el agua alcanzaba su cintura. Lo alcé desde arriba.

A bordo, después de una breve mantecada pasamos de ser piratas a náufragos. Entre caballeros del mar, hay convenios que se cumplen.

Recién después de calmadas las primeras emociones los gritos del muelle sofocaron las risas y se hicieron más audibles, el Chule, ofuscado, parado en el tablestacado de cemento, megáfono en mano espetaba: ¡Chanola, pastichoti! ¡El capitán se hunde con su buque!

¡No te calentás ni con un soplete en las perinolas! ¡Pastichoti!

¡Vení para acá! ¡Franchoni, traelo para acá! ¡Vos también vení!

Chiesa, desde el pontón se tomaba la cabeza. Wrotniak se aproximaba raudo en la lancha. El Chule enrojecido e impaciente, vociferaba y gesticulaba ampuloso al pie de la escala.

En el centro del canal, frente al pontón, entre las boyas de fondeos, un tieso penol asomaba una cuarta de la superficie, marcando el sitio del naufragio.

Concientes de la gravedad de la pérdida de un velero, las risas se calmaron de súbito.

Sabíamos que las cosas tomarían otro cariz y seguramente implicaría más de un fin de semana de privación de franco. ¡Otra vez no! ¡carajo!

¡Rápido! ¡Trinca y arrancho y formar arriba en el muelle, manga de babiecas! ¡Inútiles!

¡Dije rápido! ¡A mover las patas!

Encargado: ¡Parte!

Era uno de esos momentos en que no se debía contradecir al Chule, ni siquiera interrumpirlo. Ni los otros profesores, Chiesa o Wrotniak se animaban. Las mejillas ardían y con la ronca vos escupía espuma.

¡Chanola, Pashos! ¡Al frente par de pelotazos! ¡Les voy a dar abandonar el barco!

¡Vos no te calentás ni con un soplete en la perinola!

Un largo sermón de las más altas tradiciones del heroísmo naval (sin mayores precisiones históricas, fuera de su conocimiento) y el natural desprecio a los gestos de reprochable cobardía y desaprensión como la que demostramos, fue rápidamente interrumpida.

Sin que fuera inicialmente claro para nosotros, que mirábamos el piso avergonzados, la voz se elevó aún más en ya conocidas explicaciones de los procedimientos de orzar y derivar, virar en adelante y redondo. Nomenclatura marinera de puños y relingas, que había que cazar y filar. El discurso había tornado, sin clara continuidad.

Todos giramos la vista al Chule, asumiendo que desvariaba. Él, impertérrito, siguió con su clase magistral de métodos, entre cabos y cañas, moderando progresivamente su tono y volumen.

Luego, de improviso, ordenó: ¡3º año, al Sr. Teniente Laboro: vista dere!- ¡cha!

Y continuó, como si nada hubiera sucedido, Permiso Sr. Teniente, 3º año en clase de marinería, ¡Sin Novedad!

¡Buenas tardes Profesor Soulé! Continúe Ud., por favor.

¡Vista al frente!

¡Bien entonces, Gianola y Pazos! ¡la maniobra de virada en redondo fue muy buena! Se deriva y fila hasta trasluchar, se caza rápido y se fila luego a la otra banda. ¿Alguna duda?

¡Entren a formación! Y agregó, susurrando, ¡te salvó la campana Pastichoti ...!

La Batalla Naval

El extraño Teniente de Fragata siguió su plácido camino bajo la arboleda, hacia los abandonados talleres del fondo, balanceándose parsimonioso con las manos en los bolsillos del saco gris de uniforme, de cuatro botones, con lento paso de pato, ajeno o ausente. Recobrado el control de la escena, el majestuoso Chule, reinstaurado en su dominio, volvió a bramar, destemplado: ¡Ustedes dos sátrapas! Al chinchorro, a reflotar su navío. ¡Profesor Wrotniak, usted supervise! ¡El resto, manga de inservibles, crías de vagos: marchar al aula! ¡Hasta mañana!

Y se fue, mascullando solo, pero con una sonrisa cómplice. Chiesa lo siguió de lejos, solícito, correcto.

El grupo, formado y al trote, partió entre los árboles de las veredas, al dormitorio para baño y merienda. Desde las filas, lenguas y gestos nos enrostraron su victoria.

Parcialmente repuestos del susto de una sanción que no llegó, salvados por la aparición milagrosa del regordete teniente Laboro, bajamos otra vez al pontón, munidos de baldes y esponjas (mejor dicho, retazos de colchón de tropa).

Ignorando las directivas elementales que el novato profesor no cesaba de gritar desde la orilla, bogamos hasta el penol que florecía en la quietud del río.

Sin la menor intención de mojarnos, sin más apremio que lo que quedaba de luz diurna, comenzamos a izar el velerito levantando del mismo palo que a floraba. No fue larga la tarea, no era largo el mástil. Subió como había caído. Hasta hacerlo flotar por sus medios, uno sostenía el mástil, el otro achicaba desde el bote. Entero, completo, envergado y al paio, terminamos la tarea, remolcándolo a remo hasta el pontón negro.

Apurados por no perder la cena y el instructor su última lancha de la tarde. Guardamos en el correspondiente box de la vieja prisión la orza y el timón. Colgamos a secar, de las vigas del techo del pañol, las velas mojadas. Los detalles quedaron para ser concluidos por el hastiado pañolero de guardia, un afortunado conscripto.

Luego de treinta años en la Marina de Guerra, conservo el recuerdo fresco de mi primer derrota, del consiguiente juicio sumario, la denigración y escarnio, y un tenue castigo. Suficiente, había recibido la lección ¡y pucha que quedó marcada!.